

LA ESPADA DE DALÍAS

R-3219

por

MANUEL GÓMEZ-MORENO

Homenaje a López Cuevillas
Madrid, Galicia, 1957

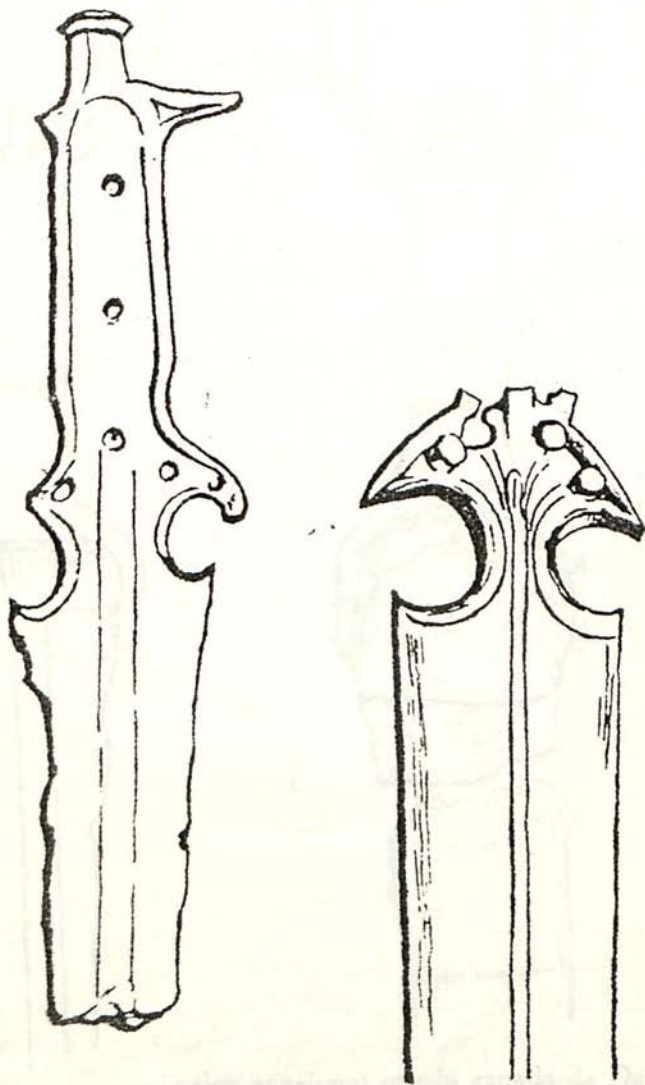
Al propósito de honrar la personalidad de colega tan querido y tan de antiguo como D. Florentino L. Cuevillas, se me ocurre llevar a Galicia algo de mi Andalucía, ya que los gallegos son acreditados como andaluces del Poniente, y ¡quién sabe si por algo de ligazones remotas!

Es el caso que ha venido a mis manos una espada de bronce, por merced de Don Guillermo Maldonado, dueño del cortijo de la Ciá, en término de Dalías (Almería), donde fué descubierta. Consta, por varias inscripciones romanas, que allí estuvo Murgi, ciudad límite meridional entre las Españas Citerior y Ulterior, como la inmediata punta de las Entinas lo fué de la jurisdicción de Granada hasta tiempos modernos: es donde acaban las Alpujarras y empieza la tierra del Río de Almería por Levante.

De la espada en cuestión quedan su empuñadura y parte de la hoja, con un largo total de 0,24 m., que alcanzaría a 0,40 cuando estuviese completa. Su estado de oxidación es avanzado, pero quedan bien visibles todos sus elementos: fundición, perfecta; empuñadura rematada en botón y dos aletas, con rebordes laterales para encajar cachas postizas mediante clavillos, dos de ellos conservados, y los taladros para otros cinco; además, una adherencia de otro material negruzco parece resto de las cachas, que

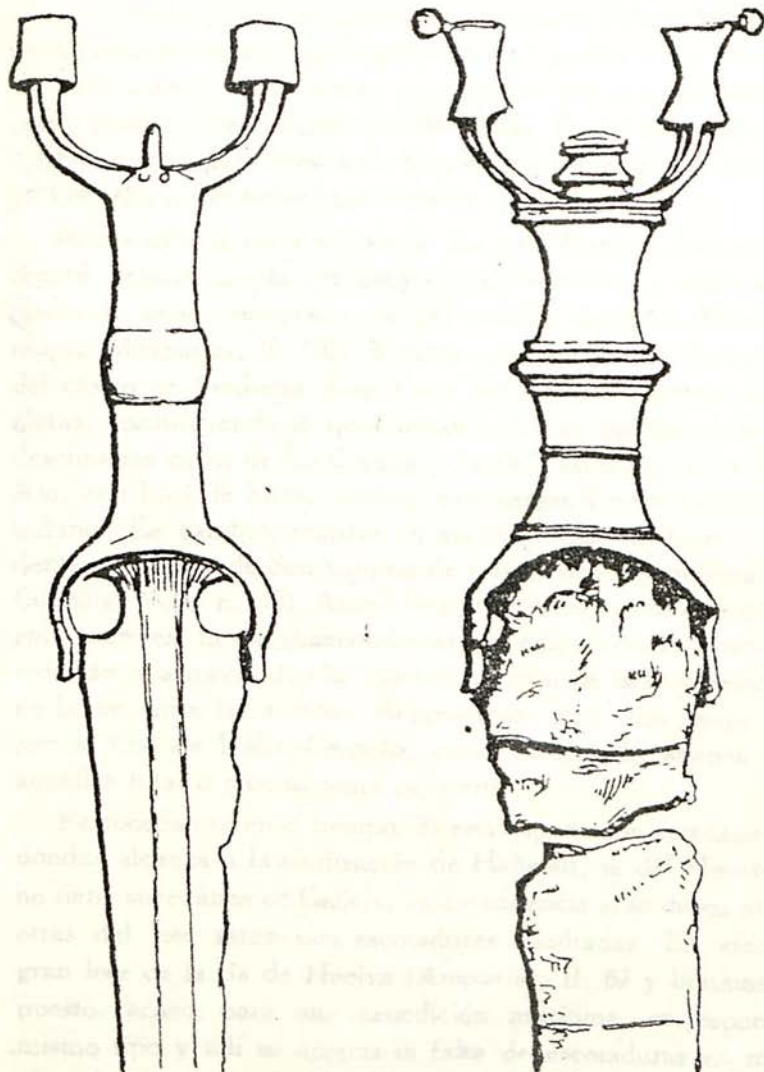


serían de cuerno; el remate inferior de la empuñadura se desarrolla en curvas, envolviendo fuertes escotaduras, que acusan



el arranque de la hoja, y ésta lleva a lo largo un tenue verdugón entre rayas cinceladas; es de dos filos y terminaría en punta; su ancho, de 44 a 32 milímetros, y 7 el grosor por en medio.

Dichas escotaduras servían para meter el dedo índice al empuñar el arma, y responden a una evolución interesante, según



veremos. Por de pronto valga consignar que la espada de Dalías sólo tiene compañeras en un lote de bronce descubierto en Sa Idda, localidad de Cerdeña (*Ampurias*, II, 110. Núms. 5, 6 y 18), y son

tres fragmentos, reducidos a parte de la hoja y arranque del puño con sus escotaduras, ya se cierran en redondo, ya hermanando con la nuestra, como productos de un mismo taller; además les acompañan otros muchos fragmentos de espadas, pero rectilíneas sus escotaduras y con aletas muy largas por remates laterales, según pudieron ser también los de Dalías. Dicho lote era, probablemente, chatarra llevada de España para refundirse, pues allá en Cerdeña no se benefician metales.

Ahora cumple irnos a Galicia. Es aquí donde volvemos a encontrar espadas cortas con escotaduras redondas, y véase al propósito su serie presentada por mi querido discípulo Martín Almagro (*Ampurias*, II, 105). Resulta entre ellas muy ilustrativa la del castro de Coubeira (Lugo) con botones por remate en sus aletas, constituyendo lo que llaman antenas. Así lo repiten otra descubierta cerca de La Coruña y la del castro de Santa Tecla: ésta, con hoja de hierro, ambas muy largas y perdidas sus escotaduras. En cambio, reaparecen en otra, toda de hierro, procedente del castro de San Ciprián de Las (Orense) y publicada por Cuevillas (*Nós*, n.º 13). Ahora bien, todos los ejemplares gallegos coinciden en llevar independiente su empuñadura, fundida en redondo, y a través de ella subir el espigón de la hoja rematando en botón entre las antenas. Representan, pues, una etapa posterior al tipo de Dalías-Cerdeña, como además lo afianza el ser aquéllas total o parcialmente de hierro.

Retrocedamos en el tiempo. Si esta espada con escotaduras redondas alcanza a la civilización de Hallstatt, la del Hierro, y ya no tiene sucedánea en Galicia, su ascendencia sí se da en aquellas otras del lote sardo con escotaduras cuadradas. En efecto, el gran lote de la ría de Huelva (*Ampurias*, II, 87 y láminas), dispuesto, acaso, para una expedición marítima, corresponde al mismo tipo y allí se aprecia la falta de escotaduras en muchos ejemplares y su evolución progresiva en otros, cual se repite en hallazgos dispersos de las mismas, casi todos en nuestra vertiente atlántica, y otros muchos en el extranjero. Su proceso está claro: el manejo de una espada tan larga y recia exigía cierto equilibrio

de fuerzas, logrado si se avanzaba con el dedo índice por bajo de la empuñadura, dejado sin filo el arranque de la hoja y con una mella, que fué convirtiéndose en la escotadura definitiva. Luego, se avanzó cargando con botones las aletas y sustituyendo las cachas postizas por el forro de bronce o empuñadura fundida aparte. Obsérvese que la espada del tipo de Huelva, tan abundante en las regiones periféricas de Galicia, no asoma aquí sino con la descubierta ahora dentro del río Sil, en el confín gallego, y un fragmento en Hío, cerca de Vigo.

Ello invita a examinar algo las condiciones de este país. El oro del Sil, el estaño y un clima apacible hubieron de hacer ventajoso el abordar a sus rías en función de comercio, y desde lejos acudir a su disfrute. En efecto, allá fueron los tartesios, como se sabe por tradición y seguros indicios; luego, los mastienos con la espada del Argar, primera de bronce y abundante en Galicia (G.-M. : *Misceláneas*, 338). ¿Qué otras gentes les siguieron? He aquí el problema. Tartesios y mastienos comerciaban por mar desde el sur de nuestra Península. Después acudieron otros, ya en plan de invasores; gentes europeas venidas por tierra, trayendo aquella espada de bronce fundido, tipo de Huelva, cuya trayectoria es bien conocida. Sus prototipos danse en la última etapa de la Grecia micénica, y su expansión fué hacia el siglo XII a. de C., procediendo a lo largo del Danubio, con la cultura de los túmulos, por Alemania, hasta Inglaterra y Francia, y llegando al borde occidental del Pirineo para entrar en España. Su presencia se acusa, con la esvástica o triscela y su espada en toda nuestra vertiente oceánica, y allí quedaron asentadas.

Su estirpe es notoria: eran jaféticos, indoeuropeos o arios, según se les quiera llamar; concretamente, tracios, ilirios e ligures, y ello afecta a nuestro problema. Lo tradicional fué designarlos con este último nombre: según Hecateo, los ligures descollaron en el occidente de Europa; Heratóstenes llama península Ligustina a España; Estéfano cita una ciudad de ligures con el mismo nombre cerca de Tartesos; Tucídides dice que gentes ligures arrojaron a los iberos del río Sicano, que es el Júcar; Avieno



consigna que el Guadalquivir nace en el lago Ligustino y que ciertos ligures lucharon con célticos en nuestras costas occidentales. Es noticia compatible con otra, del mismo, aludiendo a unos cempsios, habitantes del occidente español, que fueron expulsados, en guerra, de la isla de Cartare, hacia Huelva; como también sabemos, por Dionisio Periegetes, que los tales bajaron del Pirineo.

Tenemos, pues, indicios de que fueron ligures, o protoligures mejor dicho, quienes invadieron el occidente peninsular, y que su nombre colectivo fué el de cempsios, aunque luego llegaron a fraccionarse en tribus, que son los cántabros, astures y calaicos; autrigones, carístios y várdulos; turmogos, váceos, vetones y hisitanos. A ellos corresponde nuestra cultura del Duero, arrancando de Asturias y cortándose en el Guadiana; pero quedó libre el occidente de Galicia, sin la esvástica, sin la espada de Huelva; con otra raza bien caracterizada aún, otro orden onomástico en lo antiguo, culto de divinidades exclusivamente suyas, etc. Parece como si las espadas del Argar y de Dalías hubiesen detenido aquí a la de Huelva.

Pongámonos ahora de cara al Mediterráneo. Por el borde oriental del Pirineo han llegado otras gentes; son celtas, también jaféticos, pero sin esvástica y ya incinerando sus muertos. Venían de hacia los Alpes; les corresponde la cultura de Hallsatt y les denuncian precisamente las ollas cinerarias decoradas con meandros, en que llevaban consigo los restos de sus ascendientes, agrupadas en los llamados *campos de urnas*, dispersos desde Cataluña hasta Almería. Y es aquí mismo, en Dalías, donde tropezamos con la espada corta de antenas, según tipo céltico notorio, que aquí en España tomó las características arriba dichas.

Mas no fueron tales indicios los únicos de su tránsito por el litoral levantino. Avieno, poetizando datos de los primeros decenios del siglo VII a. de C., alude a la desolación de sus ciudades; y no valga achacarla a tiempos posteriores, porque falta asidero histórico que lo justifique, y, en cambio, la invasión célt-

tica tiene en ello justificación adecuada. Se retrajeron luego hacia el interior aquellas gentes y se las cita en la serranía de Ronda y en la Beturia; como gletes, en el Alentejo portugués; más al norte son los carpetanos, lobetanos, ólcades y lusones, con los bebrices del Maestrazgo; por último, la nación celtibera, distribuida en arévacos, pelendones y berones, y exaltada en Numancia.

Viene a cuento ahora un pasaje de Estrabón bien conocido, aludiendo a cierta expedición de célticos y túrdulos que, una vez traspasado el río Limia, se esparcieron hasta el confín boreal de Galicia. Estos célticos eran parientes de los ribereños del Guadiana, y los túrdulos podrían ser aquéllos que, con sobrenombre de Veteres, cita Mela en la desembocadura del Tajo. Ahora bien, ligada esta referencia al dato de las espadas, quizá se explique el caso: la del Argar corresponde a los mastienos del Sureste español, mezclados allí con los tartesios; la de antenas, ya sabemos que a los célticos. Quienes explotasen la riqueza gallega en aquel revuelo social, habían de peligrar amenazados por las gentes del Duero, que manejaban la espada de Huelva con gran ventaja, y hubo de suscitarse conflicto. Pudieron entonces acudir en su auxilio los túrdulos vecinos, trayendo consigo a guerreros célticos con sus familias, quienes, a fuer de ley histórica inflexible, una vez árbitros de la situación como vencedores, en Galicia se quedaron y aquí están sus descendientes: prestancias de tipo nórdico bien los destaca de los astures, morenos y duros, vecinos suyos. Y he aquí una diminuta historia de Galicia para que el amigo Cuevilas la desentrañe, si place.